con toda justicia el nombre de "Maternidad Isidro Espinosa y de los Reyes". Allí su labor también fue fructífera, seleccionando y educando al personal y mejorando en forma evidente la atención de la madre menesterosa y de su hijo recién nacido.

Con su clientela privada siempre actuó con honestidad y acierto, logrando con ello gratitud y afecto en numerosos hogares.

Profesor de obstetricia en la Facultad de Medicina, cátedra que desempeñó con asiduidad y acierto, le interesaron especialmente los estudios hechos por Duque de Estrada sobre la morfología anormal de algunas pelvis mexicanas. Fue miembro de la Sociedad de Pediatría y socio fundador de la Asociación Mexicana de

Ginecología y Obstetricia, agrupación a la que perteneció hasta su muerte.

Ingresó a la Academia Nacional de Medicina como miembro numerario, llegando a ser socio titular de la misma. Entre los trabajos científicos que presentó, existe uno de especial interés en el que se refiere a la acción farmacológica del zoapatle, planta que tantas tragedias ocasionó en obstetricia y que resultó tan útil en el manejo de las metrorragias.

Que reciba el señor doctor don Antonio Sordo Noriega este póstumo y modesto homenaje, como señal de afecto y de estimación de sus compañeros y amigos y como maestro el agradecimiento de los que tuvimos el honor de ser sus discípulos.

AL DOCTOR ANSELMO FONTE BARCENA

In memoriam

MAGÍN PUIG-SOLANES

En el lapso de tres años me ha tocado la triste obligación de recordar en este recinto a dos compañeros de Corporación que han desaparecido: uno, el doctor Raúl Arturo Chavira, fue maestro mío; el otro, el que hoy rememoramos, empecé como discípulo y bien pronto su categoría lo hizo convertirse en uno de mis más cercanos e importantes colaboradores. El dolor ha sido el mismo; pero, la amargura que su partida ha dejado no ha podido ser igual. En el primer caso —el maestro Chavira— se trataba de un hombre que había recorrido ampliamente una vida

completa, larga y fecunda; en el segundo —el doctor Anselmo Fonte— hemos perdido a quien tenía todavía por delante una vida entera y de quien podía esperarse aún un cúmulo muy grande de realizaciones. Sin embargo, no se crea que nadie pueda decir de Anselmo Fonte que haya sido malogrado: es malogrado aquél de quien se espera algo que no puede realizar porque la parca lo arrebató, inclemente, antes de tiempo; no lo es aquél que aunque no haya tenido una existencia muy larga en el tiempo ha sabido llenar todos sus momentos de reali-

zaciones: este es el caso de Anselmo Fonte Bárcena.

No puedo dejar de mencionar, aunque sea en forma escueta, por ser de costumbre, algunos datos biográficos acerca de él. Estos no son casi nunca fundamentales: no es muy importante en dónde se ha nacido ni los lugares en dónde se ha pasado la existencia, sino la significación de lo que en ésta se haya podido realizar. Es decir, el balance justo, sereno y real de si la vida se ha sabido llenar con algo que haya compensado la carga, la lucha, los —mayores o menores— sinsabores, inevidentemente inherentes a la existencia humana.

El doctor Anselmo Fonte Bárcena nació en la ciudad de San Luis Potosí, población de ancestral historia y de ilustre abolengo, en el año de 1918. Fue hijo de un respetable comerciante y de una dama perteneciente a vieja y conocida familia de la localidad, en la cual se cuentan otros médicos. Su madre le sobrevive y es para ella en este momento mi primer sentido y cariñoso homenaje. Realizó sus estudios primarios en su ciudad natal y, llegado el momento, se trasladó a la ciudad de México para llevar a cabo su formación universitaria. Fue un estudiante destacado y brillante y, desde su primer contacto con la clínica, entró a formar parte del grupo de trabajadores del Hospital General, del que nunca se separó. Empezó como practicante y terminó sus días como jefe de unidad; recorrió con todos los requisitos reglamentarios cada una de las etapas de la carrera completa de médico de hospital. Como practicante tuvo su primer contacto personal conmigo hace 35 años; en esa época empezó también a relacionarse estrechamente con un grupo de oftalmólogos proceden-

tes del mismo servicio que, con dos excepciones, le han sobrevivido.

Apenas graduado, contrajo matrimonio con la Srita. Margarita Vázquez Vela, quien fue por más de 30 años la inseparable compañera de su vida. A ella y a sus cinco hijos dirijo también ahora mis más cariñosos sentimientos.

El doctor Anselmo Fonte fue un oculista general completo. Perteneció al grupo de los oftalmólogos —que cada día escasean más— que han considerado siempre que los peligros doctrinarios de la superespecialización no compensan las ventajas materiales y prácticas que esta manera de proceder concede. Pero, como todo el mundo, las circunstancias del vivir y sus preferencias le hicieron laborar más en unos territorios de la especialidad que en otros y es en éstos en los que su actividad dejó huella.

Llegó como practicante al Hospital General cuando el Servicio de Neurocirugía acababa de crearse y esta importante y dura especialidad llamaba, justamente, la atención y despertaba entusiasmo en nuestro medio. Los enfermos neuroquirúrgicos fueron objeto de sus atenciones y cuidados y en 1941 publicó su tesis recepcional acerca del *Síndrome quiasmático en los tumores de la hipófisis y del tracto hipofisario*. Esta tesis, a pesar de los años transcurridos, es un documento que aún puede leerse con interés y utilidad.

Por estos antecedentes, aprovechó la oportunidad para conseguir una beca en Buenos Aires para ampliar sus estudios con el profesor Jorge Malbrán, probablemente el más destacado, en esa época, de los oftalmólogos latinoamericanos, quien había hecho objeto especial de sus trabajos precisamente a la neurooftalmología. En Buenos Aires tuvo la desilusión de

encontrarse con que la muerte de Balado, el pionero de la neurocirugía en la América del Sur, había hecho descuidar en gran parte los estudios de neurooftalmología. Pero, de todas maneras, su contacto con el profesor Malbrán fue fundamental para el compañero que ahora estamos recordando.

Andando el tiempo, tuvo una oportunidad única en nuestro medio: fue designado oftalmólogo de la Unidad de Neuropsiquiatría del Seguro Social, cuando el entusiasmo de los que componían su personal médico hacía decir —quizás con justicia— que era el departamento de la institución que destacaba por su forma de laborar. Tuvo a su alcance un riquísimo material clínico, bien estudiado por neurólogos, laboratoristas especializados, neurorradiólogos y neurocirujanos. De este material, Anselmo Fonte acumuló una experiencia que fue insustituible para sus actividades posteriores.

Recién recibido, los azares de la vida lo llevaron a prestar sus servicios como oftalmólogo en el Centro de Investigaciones acerca de la Oncocercosis en Huixtla, Chiapas. Se encontró allí con un grupo bien organizado de trabajadores en el tema: parasitólogos, laboratoristas clínicos, sanitaristas y con un hospital con equipo suficiente para llevar a cabo no únicamente labores de rutina sino, también, de investigación clínica. Asimiló pronto todos los aspectos del ataque ocular de la parasitosis; describió, siendo el primero que puso énfasis en esto, el ataque conjuntival, cuyo cuadro objetivo es tan característico y ostensible que puede ser reconocido por todo agente sanitario y —en zona de endemia oncocercosa— casi basta, por sí solo, en los exámenes en masa de la población, para separar a los

habitantes parasitados de los que no lo están aún.

Durante su estancia en Buenos Aires nació su interés por las anomalías neuromusculares del ojo y en ellas por el capítulo más difícil del grupo: el de los estrabismos incomitantes (paralíticos). En esa época, en que la terapéutica quirúrgica no contaba, todavía, con la posibilidad actual de las transposiciones musculares, el tratamiento era ingrato. Sin embargo, Anselmo Fonte no rehuyó sus escollos y acerca de este tema, precisamente, fue en 1959 su comunicación de ingreso a nuestra Corporación.

El glaucoma, la enfermedad cuya importancia ha ido creciendo, ya que al disminuir los padecimientos infecciosos del segmento anterior del ojo ha quedado como una de las dos o tres causas más frecuentes de ceguera en los países occidentales, fue también objeto de su interés en la investigación clínica. Fue, en particular, el introductor y divulgador en nuestro medio de una de las técnicas más recientes del tratamiento quirúrgico de la afección: una de las operaciones filtrantes con termocauterización, a la que él puso el nombre, adecuado, de "esclerectomía térmica retráctil". Por su realización perfecta y el entusiasmo en su divulgación podría decirse que hizo de ella una verdadera especialidad.

Trabajó con tesón en una época en el campo difícil de las plastias de la región periorbitaria, cuando aún no existían en nuestro medio destacados especialistas en cirugía plástica que, en la actualidad, tienen en gran parte en sus manos el manejo del problema. Sus conocimientos en el diagnóstico diferencial de las distintas variedades de ptosis palpebrales y en el tratamiento —no uniforme, sino selec-

cionado— de cada una de ellas, hicieron del tema uno de sus favoritos.

En los últimos años, por último, dedicó su interés en forma muy especial al estudio de las afecciones de la órbita, terreno difícil, tierra de nadie, en el que incursonian, y raras veces con demasiado éxito, oftalmólogos, cirujanos de cráneo y cirujanos plásticos. Adquirió profundos conocimientos doctrinarios acerca de su patología y evidente maestría en su manejo médico y quirúrgico.

Para terminar, algo debo de decir acerca de su personalidad. Anselmo Fonte no tenía fama de ser modesto. En efecto, era consciente de su capacidad, pero nadie podría decir de él que haya sido soberbio y, menos aún, que haya sido fatuo. Era obstinado en sus ideas y en sus acciones, cuando tenía la convicción de que eran

justas. Si a cada persona tuviera que catalogarse con un solo adjetivo que reflejara la más ostensible de sus varias características (inteligente, hábil, amable, discreto), yo escogería una expresión para caracterizar a Anselmo Fonte: era pulcro. Pulcro en grado elevado: pulcro en su presentación personal, pulcro en su manera de impartir una clase, pulcro en su modo de operar, pulcro en su trato con los amigos y con los desconocidos. Como tal lo recordamos, ahora que hace tan poco tiempo que nos ha dejado, y como tal seguiremos recordándolo en el futuro cuantos convivimos con él. Esto, tan sólo, ya demuestra que su paso por esta vida no fue inútil. Y, ¡qué más podría desear para sí mismo cada uno de nosotros!

En paz descanse.

AL DOCTOR FRANCISCO CALDERON CASO

In memoriam

SAMUEL FASTLIGHT

Nos hemos reunido esta noche para rendir respetuoso homenaje a la memoria de un distinguido y culto cirujano dentista, al parecer el primero en pertenecer a la Academia Nacional de Medicina. Para mí es ésta por su tradición y por la trascendental labor que está llevando a cabo, la más respetable institución científica de México. La Corporación lleva más de un siglo de existencia; a pesar de las peripecias que sufrió durante muchos años, hoy su vida fecunda al servicio de

México es admirable. Como bien se sabe, es el órgano consultivo del gobierno, cuando de medicina se trata.

A esta respetable Corporación ingresó el doctor Francisco Calderón Caso. Su candidatura fue apoyada por prestigiados personajes, como los distinguidos médicos y maestros Ignacio Chávez, José Joaquín Izquierdo, Alfonso Pruneda y Francisco de P. Miranda. Es admitido el 20 de mayo de 1936 y ocupa el sillón de Odontología. El 13 de enero de 1937 da lectu-